

LEYENDA DE FAUSTO

ESCRITA POR VIDMÁNN

Del origen de Fausto y sus estudios.

El doctor Fausto fué hijo de un aldeano natural de Veinmart, ciudad situada en las márgenes del Rhod; tuvo en Wittenberg muchos parientes muy honrados y buenos cristianos, entre los cuales debe contarse á un tío suyo muy rico, que viéndose sin herederos, tomó por hijo á Fausto, educándolo y haciéndole estudiar teología. Pero Fausto se separó del buen camino que le trazaban, y abusó de la palabra de Dios: y hemos visto aquella parentela honrada y opulenta compuesta de individuos estimados y calificados de prudentes, de íntegros, desaparecer completamente, sin dejar más nombre en la historia que si no hubiera vivido en su impía descendencia. Sin embargo, es cierto, como fué notorio en Wittenberg, que los padres del doctor Fausto se alegraron en extremo de que su tío lo tomase como hijo; y que, como después notaron su excelente ingenio y su memoria, tuvieron con él el cuidado que Job (cap. 1.º) tenía con sus hijos procurando no ofendiesen á Dios. Sucede con frecuencia, que los padres impíos tienen hijos perdidos y mal aconsejados como se ha visto en Cham (Gén. 4), en Rub (Gén. 49), y en Absalón (2 Reg. 15, 18). Sabido es que acontece lo que digo, cuando los padres abandonan su deber y

la solicitud, que al menos les disculparía. Tales hay que no son más que máscaras, al mismo tiempo que manchas para sus hijos, en cuyo caso se hallaban los padres de Fausto al dirigir á su hijo. En su juventud le dejaron obrar á su antojo, sin sujetarle al estudio. Cuando vieron su cabeza é inclinación malignas, que le disgustaba la teología, y que además se creía y se decía de público que se dedicaba á encantamientos, debían haberle reprendido y sacado de sus proyectos, como de sueños y de locuras que eran, sin minorar sus faltas, á fin de que no fuese culpable por más tiempo.

Pero volvamos á la historia. Habiendo pues, concluido el doctor Fausto todos sus estudios, y recorrido los más sublimes capítulos de las ciencias, para ser calificado y aprobado, estudió más á fin de ser examinado de maestro por los rectores; y rodeado de diez y seis maestros, por quienes fué oído é interrogado diestramente, salió victorioso en la discusión, y habiéndole reconocido con suficientes conocimientos, fué graduado de doctor en teología.

Después continuó con la locura y el orgullo de un atrevido especulador, abandonándose á las malas compañías, dejando la Sagrada Escritura debajo de la mesa, y trayendo una vida disoluta é impía, como luego lo hace ver esta historia.

Cierto, muy cierto es el dicho vulgar: « quien está conjurado al diablo, no puede descansar ni precaverse. » Oyó decir el doctor Fausto que en Cracovia, reino de Polonia, había habido una grande y celeberrima escuela de magia, en la que se reunía tal gente, con palabras caldeas, persas, arábicas y griegas; con figuras, caracteres, conjuraciones y voces, que se podían llamar exorcismos, y con las artes dardáneas, la nigromancia, los hechizos, las brujerías, la adivinación, los

encantamientos, y con libros y términos inimaginables. Todo esto entusiasmó á Fausto de manera, que día y noche sólo pensaba en estudiarlo é inquirirlo, y renunciando para siempre el nombre de teólogo, se hizo hombre mundano, astrólogo, matemático, y se llamó doctor en medicina. Se hizo droguista, y al punto se le vió curar en varios pueblos con sus drogas, sus hierbas, sus raíces, aguas, pociones, recetas y lavativas. Luego, sin saber como, se metió á hablar de la Escritura, como si estuviera muy versado en su texto divino. Pero nuestro Señor Jesucristo dice: « quien sabe la voluntad de su señor, y no la cumple, tendrá doble castigo. » Y « ninguno puede servir á dos amos. » Y « no tentarás al Señor tu Dios. »

Fausto se hizo merecedor de todos estos castigos, y encenagó su alma en el placer, hasta tal punto, que llegó á persuadirse de que no era culpable.

El criado de Fausto.

Servía al doctor Fausto un joven que él, cuando estudiaba en Wittenberg, había educado á su manera, quien vió todas las ilusiones de su amo, todas sus magias y su arte diabólica. Era este muchacho, cuando llegó á Wittenberg, vicioso y calavera. Llamábase Cristóbal Wagner. Pronto se hizo criado de Fausto, quien se entendía tan bien con él, que le llamaba su hijo. Cristóbal, por su parte, seguía al Doctor á donde quiera.

El doctor Fausto conjura al diablo por primera vez.

Fausto se internó en un bosque espeso y oscuro, situado cerca de Wittenberg, llamado el bosque de Mangealle, que él conocía muy bien hacia mucho tiempo. En este bosque, á la entrada de una noche, en

una encrucijada de cuatro caminos, hizo con una vara un gran círculo, y dentro de este círculo otros dos. Así conjuró al diablo, entre nueve y diez de la noche, y el diablo, cediendo al punto á su deseo, se apareció detrás de Fausto y le dijo:

— ¡Ea, pues! quiero sondar tu corazón y tu pensamiento; que me los descubras hasta sus pliegues más recónditos; que no sólo me entregues tu cuerpo, sino también tu alma; que me seas obediente, y te enviaré adonde determine, para realizar mi proyecto.

De este modo el diablo sedujo á Fausto y se apoderó de él.

Entonces el Doctor volvió á conjurar al diablo con tales esfuerzos, que el diablo empezó á obrar como si quisiera trastornar el mundo. Dobló los árboles hasta la tierra; llenó el bosque de diablos, que se veían en medio y alrededor del círculo, corriendo de uno á otro lado en confusión, saliéndose del círculo y disparándose en seguida á su centro con un estruendo semejante al de mil cañonazos, convirtiendo aquel lugar en un verdadero infierno. Y además reunió allí toda clase de instrumentos que producían dulcísimos acordes, y algunos bailes, y hasta torneos, con lanzas y con espadas, de suerte que á Fausto se le hizo el tiempo demasiado largo, y pensó en huir fuera del círculo. Tomó al fin una resolución única y abandonada ya. Se quedó allí, y sosteniéndose en su primera intención (Dios lo permitió, para que pudiese continuar), se puso de nuevo á conjurar al diablo como antes, á fin de que se hiciera visible á sus ojos en la forma siguiente: Se le apareció alrededor del círculo un grifo, y después un dragón de más de cinco varas de largo, hediendo á azufre y bufando. Y cuando Fausto hacía los encantamientos, aquel animal rechinaba horri-

blemente los dientes, y se tendía de repente, y se hacía luego una bola de fuego, todo de una manera tan extraña, que el doctor Fausto sintió un espanto terrible. Sin embargo, prosiguió en su determinación, y aun tuvo más audacia... pensó en someter al diablo. Un día, hallándose Fausto con sus condiscípulos, se jactó de que llegaría á dominar la cabeza más alta que hubiese en la tierra. Y los estudiantes le contestaron que no conocían cabeza más alta que el Papa, el Emperador ó el Rey. Á lo que replicó Fausto :

La cabeza que ha de sometérseme es todavía más alta, que, como está escrito en la Epístola de San Pablo á los Efesios, « es el príncipe del mundo sobre la tierra y debajo del cielo. »

Así, pues, conjuró esta estrella una, dos y tres veces, y se vió una viga de fuego, sobre la cual había un hombre que se consumió poco á poco, y luego se vieron seis globos encendidos como pábilos, que se elevaron uno sobre otro en forma de columna. y después estos globos fueron tomando la figura de un hombre de fuego, que iba y venía siempre alrededor del círculo, por más de un cuarto de hora.

Como se llamaba el diablo que visitó á Fausto.

El doctor Fausto preguntó al diablo cual era su nombre. El diablo le respondió que se llamaba Mefistófoles.

Cuales fueron las condiciones del pacto.

Entre tres y cuatro de la tarde, el diablo volátil se apareció otra vez á Fausto, y le dijo :

— He cumplido tu orden, y ya debes mandarme. Por lo tanto, vengo dispuesto á obedecerte, sean cualesquiera tus deseos, como te he obedecido al

presentarme ante ti en este instante, según tu voluntad. Entonces Fausto, todavía con un alma miserable, irresoluto, viendo que no podía diferir la hora señalada, porque un hombre, una vez llevado á tal punto, por más que le sea dado aún disponer de su alma, su cuerpo pertenece exclusivamente al diablo, le contestó y le hizo las proposiciones siguientes:

Primera. Que había de poder darle la forma y representación espiritual que le acomodase, y hacer que en aquella forma determinada se le apareciese.

Segunda. Que el espíritu había de ejecutar cuanto él le ordenase, y había de proporcionarle cuanto le pidiese.

Tercera. Que había de servirle diligente, sumiso y obediente como un lacayo.

Cuarta. Que á cualquier hora que le llamase había de hallarse en casa.

Quinta. Que en ella había de gobernarse, de suerte que nadie pudiese conocerle ni verle más que él.

Y por último : que siempre que él le llamase, había de presentarse precisamente en la figura que á él se le antojase.

El diablo le respondió que desde aquel momento consentía, y prestaría obediencia á cuanto acababa de decirle, y que él quería proponerle otros artículos, que una vez obedecidos, nada faltaba ya.

Los artículos que el diablo le propuso, fueron éstos :
Primero. Que Fausto le prometiese y jurase que sería suyo, esto es, posesión y disfrute del diablo.

Segundo. Que para mayor seguridad se ratificase con su propia sangre, y que con su sangre escribiese dicho traspaso y donación de su persona.

Tercero. Que sería enemigo de todos los cristianos.

Cuarto. Que no se dejaría seducir por los que quisiesen convertirle.

En seguida, con la condición de no faltar á estos artículos, el diablo se obligó á dar á Fausto ciertos años de vida, la satisfacción de todos sus deseos, y el poder para mandarle y transformarle como y cuando quisiese.

Fausto se entregó de tal modo á la locura y á la soberbia del espíritu, que habiendo pecado una vez, no volvió á acordarse de la beatitud de su alma; se abandonó al diablo, y le juró sujetarse al pacto que queda referido.

Pensaba que el diablo no sería tan malo como se le pintaba, ni el infierno tan terrible como se decía.

Obligación del doctor Fausto.

Después de todo lo dicho, el doctor Fausto, á más de su insolente sumisión al diablo, firmó una obligación, que fué hallada en su casa después de su mísera partida de este mundo y que es un acto horrible y abominable.

Lo que intento demostrar evidentemente para instrucción y ejemplo de los buenos cristianos, á fin de que nada tengan que ver con el diablo, y puedan arrancar de entre sus garras sus cuerpos y sus almas, contando como Fausto se abandonó ignominiosamente á su ruin criado, según se apellidaba por sus diabólicas obras, imitando en su conducta á los Partos, quienes se obligaban unos á otros. Digo, pues, que el doctor Fausto tomó un cuchillo de punta y se picó una vena en la mano izquierda...

En su mano así herida se vieron escritas, como con sangre de muerto, estas palabras latinas: *O homo, fuge!* que quieren decir: ¡Oh hombre! huye del mal y practica el bien.

— En seguida, recibiendo Fausto su sangre en una

teja, echó en ella carbones hechos ascua, y escribió:

« Yo, Juan Fausto, doctor, por este escrito de mi propia mano, declaro: que después de haberme dedicado á especular los elementos, y después de los dones que me han sido concedidos por el cielo, los que no hallaron asiento en mi razón, sin que yo haya enseñado á los hombres lo contrario, desde ahora para siempre jamás, me doy á un espíritu que se llama Mefistófeles, criado del príncipe infernal de Oriente, con las condiciones pactadas entre él y yo, de que él me enseñará mi predestinación, que estará sujeto en todo á mi voluntad, y que existiré veinticuatro años contados desde esta fecha, durante los cuales, viviendo como él me enseñará, en su arte, su ciencia y sus invenciones, me conservará, gobernará, dirigirá y hará toda especie de beneficio, con todo lo necesario á mi alma, á mi carne, á mi sangre y á mi salud. Por lo tanto, renuncio á todo lo que tengo del Señor del cielo y de los hombres, entregándome enteramente á él. Para mayor certeza y confirmación, escribo la obligación presente con mi propia mano, y la firmo con mi propia sangre, que me he sacado expresamente para esto, por mi gusto, con mis sentidos, mi pensamiento y mi juicio, habiéndolo acordado, resuelto y sellado, etc. »

Fausto presentó este documento á su diablo, y le dijo:

— Mira, ahí tienes nuestro pacto.

Mefistófeles tomó el contrato, y habiendo querido además que el Doctor le sacase de él una copia, el desdichado Fausto se la dió.

Los huéspedes del doctor Fausto se quieren cortar la nariz.

El doctor Fausto había invitado á cenar en cierto sitio á algunos hombres de calidad, sin que de ante-

mano hubiese preparado cosa alguna. Cuando llegaron, vieron ya cubierta la mesa; pero en la cocina no había ni siquiera lumbre. Aquella misma noche se celebraba la boda de un rico y honrado propietario, y todos sus criados habían estado ocupados mucho tiempo con objeto de obsequiar con una buena comida á las personas á quienes se había convidado. Fausto, que lo supo, mandó á su espíritu, que en la casa donde se celebraba la boda robase una porción de manjares ya compuestos y se los trajese para sus huéspedes.

De repente penetró en aquella casa por puertas, ventanas, y chimeneas un viento tan fuerte, que apagó todas sus luces. Luego que cesó el viento, se encendieron éstas súbitamente, y después que todo el mundo se repuso de la sorpresa, conociendo la causa de aquel trastorno, hallaron que de un plato faltaba un asado, de otro una polla, de otro un ganso, y que de la caldera faltaban también pescados grandes.

Inmediatamente se encontraron provistos Fausto y sus convidados. Sólo carecían de vino, y Mefistófeles hizo un viaje á Florencia, á las bodegas de Fugres y lo trajo al instante. Cuando hubieron concluido, desearon los huéspedes que Fausto les diese el placer de hacer algún encantamiento, que era para lo que principalmente habían venido.

Entonces, el doctor Fausto hizo aparecer sobre la mesa una vid con sus racimos de uvas de las que todos quisieron comer. Después les dijo, que tomasen un cuchillo y viesen si podían cortar alguna; mas lo intentaron en vano. Fausto se separó de sus convidados por un momento. Á su vuelta se agarraron de la nariz unos á otros, armados de cuchillo. En seguida, cuando les pareció, pudieron tomar las uvas; pero... las hubieran querido maduras.

Elena encantada en un domingo.

Un domingo, sin que Fausto los hubiese convidado se presentaron á comer con él unos estudiantes trayendo consigo varias viandas y vino, como gente naturalmente gastadora.

Cuando el vino principió á producir sus efectos, hablaron sobre la hermosura de las mujeres, y uno de ellos dijo, que por su parte no quisiera ver otra belleza que la de Elena de Grecia, que no podía menos de ser extraordinariamente bella habiendo sido robada tantas veces, y dado origen á la total ruina de Troya.

Á lo que respondió Fausto:

— Pues que mostráis tantos deseos de ver á la bella reina Elena, esposa de Menelao, hija de Tindaro y de Leda, y hermana de Castor y de Polux, que sin duda fué la más hermosa de Grecia, quiero hacéroslo venir, y que la veáis á ella misma, con la misma figura que tenía.

Para lo cual el doctor Fausto, previniendo á sus compañeros que no pronunciasen una palabra, ni se levantasen de la mesa, ni se moviesen con objeto de acariciarla, se salió de la sala.

Á su vuelta, según iba entrando, le seguía la reina Elena, á pie, tan admirablemente hermosa, que los estudiantes llegaron á dudar de su existencia; tal fué su sorpresa y su transporte.

Vestía Elena un precioso traje de púrpura: la cabellera, que le llegaba hasta más abajo de las rodillas, era mejor que de oro: sus grandes ojos negros destellaban amor: tenía una cabeza perfectamente formada con labios encarnados como cerezas, boca pequeña, un cuello largo y blanco como el del cisne, mejillas de encendida rosa, cutis brillante, talle largo

derecho y proporcionado. En fin, hubiera sido imposible encontrar en ella una sola imperfección. Dejóse, pues, ver por la sala tan sumamente linda, que los estudiantes se inflamaron en su amor, y si no supieran que aquello no era más que un espíritu, no hubieran podido contener sus deseos de abrazarla.

Después se retiró con Fausto.

El hijo de Fausto y de Elena.

Tratando el espíritu de dar al doctor Fausto placer con su miserable carne, hizo que, en la forma que la había representado á los estudiantes, se le apareciese á media noche la hermosa Elena de Grecia, inclinándose sobre su seno con un semblante enamorado y encantador. Viéndola el doctor Fausto, se rindió tanto á sus hechizos, que la hizo su querida, y no podía separar de ella los ojos. De sus amores resultó Elena embarazada, y dió á luz un niño, con gran regocijo de Fausto, quien le llamó Justo Fausto. Pero como le tuvo á la fin de su vida, este niño se disipó como la madre.

Lamentaciones y gemidos del doctor Fausto.

Corrían las horas para el doctor Fausto como un reloj cuya cuerda se rompe al acabar de dársela. Estaba profundamente afligido, gemía, lloraba y deliraba, batiendo los pies y las manos como un desesperado. Era enemigo de sí mismo y de todos los hombres, y hasta se encerró por no poder sufrir la vista de nadie, ni aún del mismo Mefistófeles. Por eso he querido insertar aquí una de sus lamentaciones, que se ha encontrado escrita.

¡ Ah Fausto ! Tienes un corazón descarriado y desnaturalizado, el cual, por estar en tu cuerpo, está

condenado al fuego eterno. Cuando podías haber obtenido la beatitud, la has perdido instantáneamente !
 ¡ Ah libre voluntad ! ¿ Eres tú quien ha redimido mis miembros, que ya no podrán ver sino su destrucción ?
 ¡ Ah misericordia y venganza ! ¿ Qué ocasión pude tener para empeñarme, y abandonarme como una alhaja cualquiera ? ¡ Oh indignación y compasión ! ¿ por qué habré nacido hombre ? ¡ Oh tormentos que tengo que aguantar ! ¡ Ah, ah ! ¡ qué desgraciado soy ! ¡ Ay ! ¿ qué me sirve quejarme ?

¡ Ah ! ¡ ah ! ¡ ah ! ¡ qué hombre tan despreciable soy !
 ¡ Oh infeliz y miserable Fausto ! Bien perteneces á la multitud de desdichados, tú, que tienes que sufrir los terribles dolores de la muerte, y de la muerte más cruel que jamás criatura desdichada haya sufrido.
 ¡ Ah, mis sentidos depravados, mi voluntad corrompida, mi presunción, y mi libertinaje ! ¡ Oh mi vida frágil inconstante ! ¡ Oh tú, que has hecho mis miembros y mi cuerpo, y mi alma, tan ciegos como tú eres, voluptuosidad efímera, á qué penas y trabajos me has arrastrado, vendando y oscureciendo mis ojos ! ¡ Ay mi triste pensamiento ! Y tú, transtornada alma mía, ¿ en dónde está tu razón ? ¡ Oh miserable trabajo ! ¡ Oh dudosa esperanza ! que jamás haya memoria de ti. ¡ Ah ! fastidio, tras de fastidio, tormento sobre tormento ! ¡ Ay de mi ! Pesares, ¿ quién me librará de vosotros ? ¿ En dónde me ocultaré ? ¿ Adónde huiré ?... ¡ Estoy donde quise estar !... ¡ estoy perdido !!!...

Á tal lamentación se apareció á Fausto en espíritu Mefistófeles, insultándole con sus palabras injuriosas de reprobación y mofa.

De cómo el doctor Fausto fué al infierno.
 Estaba tan hondamente pesaroso el doctor Fausto.

que sólo pensaba y soñaba con el infierno. Pidió á su criado Mefistófeles que le proporcionase ocasión de hablar á sus señores Lucifer y Belial ; pero éstos le enviaron un diablo llamado Belcebú, comandante debajo del cielo, quien se presentó á Fausto, y le preguntó qué deseaba. Fausto le contestó, que si había algún espíritu que pudiese conducirle al infierno, de suerte que viera con sus ojos cuál era su calidad, cuál es su fundamento, su propiedad y sustancia, y sacarle después, y volverle á este otro mundo.

— Si, replicó Belcebú, yo te llevaré á eso de media noche, y te traeré aquí.

Cuando llegó, pues, la media noche, se le presentó Belcebú con una silla de huesos á la espalda y subiéndole á ella, desapareció. El diablo se la jugó á Fausto, transportándole en sueño solamente.

Le llevó á una atmósfera donde se durmió, como se duerme uno en un baño caliente. Se fué en seguida á la cumbre de una elevada montaña, sobre una grande isla. Desde allí movió tal estruendo con cohetes de carretilla, y pez y centellas, y rayos, que despertó al doctor Fausto. Todas estas apariencias presentaba la serpiente maligna al pobre Fausto ; mas éste, á pesar de hallarse rodeado de fuego, como creía, no se veía ninguna herida ni quemadura, y al contrario, sentía que le refrescaba una brisa suavísima, y oía á lo lejos varios instrumentos de música, cuya armonía le era muy agradable, sin que, no obstante, le fuese dado ver ninguno, á causa del horroroso fuego que llenaba aquel abismo, ni se atreviese á preguntar qué instrumentos eran, por habersele prohibido absolutamente, hablar y preguntar nada ; tan dominado estaba por la diabólica serpiente Belcebú y otros dos ó tres diablos. Fausto se internó más en el infierno, y Belcebú, con los

otros tres, vinieron á encontrarse con él cuando un grande murciélago con unos cuernos y unas trompas enormes, pugnaba por precipitarle y estrellarle en el fondo del negro abismo, lo que pudieron impedir librando á Fausto del terror que le crispaba. Descendiendo más en la caverna, se vió rodeado de sabandijas y culebras hediondas. Mas tras de las culebras, que eran muy grandes, vinieron varios osos volando como á su socorro, porque lucharon con aquéllas, vencíéndolas y dejando á Fausto en seguridad para pasar adelante. Á poco trecho ve venir un toro suelto, que bramando de furor, le embistió y le derrumbó, dando vueltas por el aire.

Hundióse, pues, el doctor Fausto en el insondable abismo, lleno de heridas y lanzando un grito penetrante, porque no pudiendo ya valerse de su espíritu, pensaba : « ¿ qué es de mí ? » El toro le persiguió aún para arrojarle más abajo, y un viejo y herizado mono vino á irritarle y á atormentarle. Rodeábale una niebla tan espesa y tenebrosa, que no le permitía distinguir ningún objeto : sobre ella se formó una densa nube, en donde divisó dos dragones enormes tirando de un carromato, en el que el asqueroso mono metió á Fausto. Por más de un cuarto de hora fué condensándose de tal modo la nube, que el doctor Fausto llegó á no ver ni los dragones ni el carromato, y por último, á no poder agarrarse á nada. descendiendo así cada vez más en la caverna. Tan pronto como esta nube tenebrosa y fétida se disipó, vió que el carromato estaba arrastrado por un caballo. Fausto se sintió entonces arrojado al espacio, y un espantoso estruendo, producido por truenos y centellas, vino á pararle, á enmudecerle, y á horripilarle de pavor.

De repente se encuentra sobre un agua revuelta y tempestuosa, adonde le habían llevado los dos drago-

nes, con intención de sumergirle en ella. Pero á él no le pareció agua, sino un vapor sofocante, cuyas ondas le batieron con tal fuerza, que perdió el carronato y su caballo, y rodó, y se hundió más y más rápidamente, hasta que cayó en el fondo del abismo sobre unas escarpas huecas y llenas de peñas agudas. Quedóse allí como muerto sin ver y sin oír. Fué iluminado luego aquella lóbrega estancia, y él reconociendo que estaba rodeado de olas. Entonces empezó á discurrir, diciendo:

— Pues te hallas abandonado de los espíritus infernales, te es preciso, Fausto, sumergirte en estas olas, ó aniquilarte de otro modo cualquiera.

Corrió despechado hacia unas llamas que reparó allí cerca, y exclamó:

— Espíritus infernales, recibid mi alma por ofrenda, á que mi condenación la sacrifica.

Lanzóse impetuosamente; pero al hacerlo, oyó un ruido y un tumulto, que estremecía las rocas y las montañas, y que se aumentaba cuando parecía cesar ó disminuirse. En medio del fuego vió muchos emperadores, reyes, príncipes, señores y hombres de armas amontonados á millares. Alrededor del fuego había una gran caldera llena de agua, de que varios bebían, donde otros se bañaban y refrescaban, y de la cual salían algunos para echarse en las llamas.

El doctor Fausto quiso sacar del fuego un alma condenada, y cuando pensaba que la asia de la mano, se le disipó entre las suyas. No resistiendo ya al calor, girando su vista por todas partes, vió al dragón, ó sea Belcebú, con su silla á la espalda, quien sentándole en ella le hizo atravesar el espacio, porque Fausto no podía sufrir más, ni aquellas llamas, ni aquellos truenos, ni aquellas tempestades, ni aquellas nubes de humo, azufre y fuego, aquel frío y aquel calor á un

tiempo, aquellos sustos y lamentos de condenados, y alaridos de espíritus y dolores y pesares. Claro está, que una vez satisfechos sus deseos de ver el infierno, le quedaría el de no volver á él.

Luego que se durmió en la silla, Belcebú le echó sobre su lecho, y cuando se despertó al amanecer, se halló como si acabara de salir de un lóbrego calabozo. Sin embargo, continuó pensando en el infierno. Unas veces creía haberle visto realmente, otras dudaba si el diablo se lo había representado en apariencia y por encantamiento, como era la verdad, porque no había querido mostrárselo, temiendo causarle demasiado miedo.

Esta historia y narración de lo que Fausto vió, y como fué transportado al infierno, y cómo le cegó el diablo, la escribió el mismo Fausto en un libro, que á su muerte se encontró cerrado.

Espíritus infernales, entre los que los siete principales son llamados por sus nombres.

El diablo, llamado Belial, le dijo al doctor Fausto.

— Desde el septentrión he visto tu pensamiento, y es tal, que desde luego puedes ver alguno de los espíritus infernales, que son príncipes, para lo cual he querido presentarme á ti con mis principales consejeros y criados, dejando así satisfechos tus deseos.

El doctor Fausto respondió:

— Ea, pues, ¿en dónde están?

El diablo hizo que se apareciesen. Belial se había aparecido al doctor Fausto bajo la forma de un elefante pintarrajeado, con el espinazo negro, orejas inclinadas hacia abajo, ojos llenos de fuego, dientes largos y blancos como la nieve, una desmesurada trompa, y tres aladas serpientes al pescuezo. Presentáronse, pues,